

Estas líneas se dirigen a los alumnos de la Maestría de Planificación y Gestión de Procesos Comunicacionales, y giran en torno al sentido de la comunicación y su práctica. Lo que se plantea es, a grandes rasgos, que dicho sentido radica en el *otro* del intercambio, no en la conquista o la colonización.

EN TORNO AL SENTIDO DE NUESTRA PRÁCTICA DE COMUNICADORES

Queridas amigas, queridos amigos.

Escribo en Mendoza, en una tarde tibia, llena de pájaros y de verde, a poco más de veinte días del fin de 1999. Nos ha tocado, por nacimiento, ser mujeres y hombres de dos siglos y de dos milenios, lo cual no es poca cosa en tiempos tan vacíos de prodigios. De mi parte tendré 58 años en abril próximo, tal vez la vida me depare penetrar profundo en la nueva centuria; ganas no me faltan.

Estas páginas tienen un claro interlocutor, ustedes mis compañeras y compañeros de un itinerario de dos talleres en la Maestría de Planificación y Gestión de Procesos Comunicacionales. El sábado pasado, 27 de noviembre, leímos el elogio del seminario y se desencadenaron unos preciosos minutos de reflexión sobre el espacio de la maestría. En medio de tensiones cotidianas, de sufrir el abandono casi por todas partes, nuestros estudios son un remanso de encuentro y de respeto mutuo. No es común sentirse bien y a la vez aprender como se lo está haciendo.

Pues bien, la maestría, ustedes, son para mí también un remanso. No es común sentirse bien enseñando y aprendiendo como lo hago desde hace meses, en una relación serena, llena de impulso a comunicarse, a decir y escuchar. Es por todo lo recibido en tantos encuentros que escribo estas páginas.

Venimos hablando casi obsesivamente de comunicación. ¡Pobre querida palabra, en tantos labios con tantos sentidos! Tal vez sea éste el momento de la travesía humana en que más se la ha pronunciado. No es el caso enumerar aquí esos sentidos. Algunos saltan a la vista como relámpagos, otros como pozos de manipulación y de mentira. Tenemos el derecho a la sospecha ante la palabra gritada a todos los vientos, como si la calidad de lo comunicado pasara por la vociferación. Y también ante la otra, la susurrada en juegos de seducciones capaces de llevarnos a donde el seductor quiere.

Mejor preguntarnos por su sentido para nosotros. La pregunta se abre a una más abarcante, sin la cual poco podemos comprender: ¿a qué vamos al otro? Y a una segunda, ¿quién es el otro?

En el camino hacia el otro, Todorov encuentra dos momentos terribles en nuestra América: conquistar y colonizar. El primero significa el dominio desde fuera, la imposición lisa y llana, el hecho de disponer de vidas como si fueran cosas, apenas cuerpos suficientes como para extraer minerales o para alimentar la voracidad de los perros. La conquista mata, destruye sin más, porque el otro no tiene casi entidad humana. Están claras de manera estremecedora las cosas en ella: aquí el esclavo, el animal de carga, allá el amo, dueño del poder, de haciendas y de vidas.

La colonización no busca eliminar al otro, sino meterse en su ser, poblarlo desde adentro con una cultura ajena; llevarlo a sentirse parte de una mirada, sumarse a ella como si fuera la propia. Si la conquista mata, la colonización manipula, seduce, deslumbra, fascina, lo cual significa alguna forma de comunicación. En todo caso, como lo hizo Hernán Cortes, hay que aprender a hablar el lenguaje del vencido para llevarlo a hablar el del vencedor.

No ceso de preguntarme, desde hace más de una década, desde el derrumbe del muro y el fin de las buenas maneras a escala planetaria, si no hemos vuelto a esas dos lógicas, ahora con una violencia casi similar a la de la caída de Tenochtitlán.

Los términos no son nada equívocos. Cuando se habla de conquistar mercados, cuando quedan liberadas las fuerzas del mercado enormes masas sociales son literalmente arrojadas a la calle y a la miseria. Esta última mata tanto como las afiladas espadas de los antiguos conquistadores. Cuando se habla de racionalizar una empresa, no cuentan seres humanos, con sus nombres, sus historias, sus rostros, sino cifras a corregir para bajar costos; lo que suceda después de la racionalización no es problema del racionalizador.

Conquista finisecular, a punta de precarizaciones y de despidos; de contratos en negro y de humillaciones. El otro se torna otro absoluto, un estorbo para el sostenimiento de la empresa. Y, en todo caso, una infinita mano de obra cada vez menos exigente.

La colonización se ha instalado también en nuestro tiempo, no tanto por disponer de haciendas y de territorios de ultramar, sino en el interior de las empresas. La ideología mercadológica viene teñida por un ideal que, desde el discurso, podríamos reconocer como cristiano: todos somos la empresa, todos tenemos los mismos derechos, todos podemos opinar y poner nuestra mejor disposición, todos debemos crear y tomar iniciativas, todos debemos querernos.

Un mundo feliz, donde se alistan los soldados del mercado, donde cada uno es hermano del otro y juntos avanzan unidos a dar la batalla en pos de un lugar en el feroz escenario de la competencia. El otro es un eslabón de la empresa, o en todo caso un trabajador que deberá adecuar su ser a ese papel. Juego de máscaras, donde nadie es sino lo que se le dice que debe ser para gloria de las ganancias y de la continuidad del puesto de trabajo. Ello hasta que asoma alguna otra

racionalización, o hasta que te hacen sentir que detrás tuyo hay cientos de personas esperando.

Ha penetrado tan hondo esta mirada en nuestro ser que el horror cotidiano tiende a normalizarse; salirse de su lógica aparece como actitud de viejo y trasnochado idealismo, como ingenuidad e incapacidad de enfrentar los nuevos tiempos.

Hay, por supuesto, maneras distintas de llevar las relaciones de trabajo. Ustedes mismos han traído al taller ejemplos de organizaciones en las cuales se viven y juegan prácticas ajenas a la conquista y a la colonización. Tampoco podemos afirmar para todos los casos que el hecho de depender de un salario signifique una cadena de sufrimientos. Pero el sufrimiento existe, la precarización existe, los contratos en negro existen, los despidos existen.

Entonces, vuelve aquí la pregunta por la comunicación y las consiguientes (o antecedentes) ¿a qué vamos al otro?, ¿quién es el otro? Agreguemos una más: ¿por qué vamos al otro?

Intento responder esta última parafraseando palabras que usó Freud para referirse a su lucha (y la de Einstein, a quien le escribe) contra la violencia y la guerra:

Vamos al otro porque no podemos dejar de hacerlo.

Nos define, nos marca como comunicadores, la visceral necesidad de ir hacia el otro. Todo lo demás, maestrías en comunicación, metodologías, diagnósticos, planificaciones, gestiones, recursos discursivos, miradas comunicacionales, lecturas críticas de textos y contextos, matrices culturales, reconocimiento de los juegos posmodernos, apropiación de tecnologías..., todo lo demás son medios para abrir alternativas a la satisfacción de aquella radical necesidad.

¿Quién es el otro? Como no nos ha sido dado develar el misterio (el otro es tan irreductible a una caracterización que nunca podré decirlo más allá de sucesivas aproximaciones), podemos avanzar por la negativa. En nuestros estudios el otro no es objeto de conquista ni de colonización; por lo tanto no es un estorbo, ni una cifra, ni un destinatario de seducciones. Esto es así, en primer lugar, en las relaciones de enseñanza - aprendizaje. Pero a la vez, y fundamentalmente, en la manera de entender al otro en el trabajo. ¿Quién es el otro en las organizaciones? Sin duda aquí lo genérico nos pone frente a todos los matices, a los juegos de poder, a las grandezas y miserias humanas vividas incluso en pequeñísimas empresas.

Bien, de acuerdo, el otro es alguien en situación, sujeto al vaivén de las relaciones, en muchos casos sobreviviente de la última racionalización y, por lo tanto, agarrado de manera férrea a una máscara para asegurarse algo similar a lo que años atrás se denominaba empleo.

En tanto sujeto a la danza del poder y del mercado, abandonado aquí y apenas sostenido allá, navegante en océanos de incertidumbre, lleno de amor y de vida más allá de las fuerzas, lleno de miedos y de incertezas hasta el dolor, hijo de esta época en la cual nadie sabe bien hacia dónde vamos, el otro es yo. No por asimilación; el otro, lo sé, difiere de mí. Pero la diferencia se sostiene en un suelo lleno de iguales condiciones de existencia. En ese sentido, el otro es yo.

Y como debido a esas condiciones y a mi lucha por sobrevivir en ellas y por sostener mi energía en ellas, merezco respeto, el otro merece todo el respeto, todo mi respeto.

Y como me cuesta hasta el aliento, día a día, mantenerme en la superficie, emerger como sujeto en las relaciones sociales, y como eso no puedo, ni habría podido nunca, hacerlo solo, el otro merece, necesita de mí, de todos, para sostenerse, para emerger como sujeto en las relaciones sociales.

Y como soy comunicador porque siento la visceral necesidad de ir hacia el otro y reconozco mi ser en el otro y su ser en el mío, la práctica comunicacional no puede sino sostenerse en ese respeto y en ese esfuerzo de permitir la emergencia de los sujetos en las relaciones sociales.

La comunicación es, desde esta perspectiva, un juego vivido para siempre entre identidades y diferencias, en el reconocimiento, por sucesivas aproximaciones, del otro y de mí mismo.

En el reconocimiento y en la práctica. Porque nos venimos llamando planificadores y gestores de comunicación, es decir, seres que intencionalmente van al otro con un propósito comunicacional.

Los medios mencionados más arriba (maestrías en comunicación, metodologías...) constituyen ricos recursos para apoyar esa tarea. Pero la clave sigue siendo, para siempre en nuestra profesión, el sentido del otro y mi sentido. De ellos brota el sentido de una comunicación que no busca ni conquistar ni colonizar.

Queridas, queridos compañeros de esta travesía, la comunicación social es demasiado importante como para dejarla sólo en manos del marketing y del diseño de imagen; demasiado hermosa como para librarla a las máscaras de la farándula; demasiado compleja como para reducirla a algunas fórmulas mal sostenidas con pobres alfileres conceptuales; demasiado misteriosa como para simplificarla en aquello de las emisiones y las recepciones; demasiado viva como para transfigurarla en tedio en aulas y en espacios de trabajo; demasiado bella como para despoetizarla en pura ciencia o en pura tecnología; demasiado humana como para someterla a conquistas y colonizaciones.

Reconocer todo eso, reconocer el alcance de esos “demasiado”, vuelve diferentes nuestros estudios. Así lo hemos asumido, porque si algo nos reúne aquí, como

seres de este fin de milenio, es la pregunta por el sentido. Gracias por este tramo del camino, gracias por sostener viva esa pregunta.

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, 5 de diciembre de 1999